

¿POLÍTICOS CRISTIANOS?

Fe y política

JOSÉ MORENO LOSADA, sacerdote capellán en la UEx y consiliario de Acción Católica,

BADAJOS. Mayo-2009

“Quien tiene un por qué para vivir resiste cualquier cómo” así reza una máxima nietzscheana que traigo a colación respecto al tema de la fe y la política. Ahora que el Vaticano acaba de condecorar al embajador español ante la Santa Sede que se le define como católico practicante, recuerdo que más de una vez he oído al Presidente de la autonomía de Extremadura hablar de su fe cristiana en relación con su participación activa en la política dentro de la Junta de Extremadura, entiendo que la inquietud que le provoca el Evangelio de Jesús de Nazaret la realiza desde un quehacer en el sistema público desde el ámbito político, desde donde se puede trabajar por todos y para todos sin distinción. Desde este contexto considero que es pertinente la cuestión que plantea el “por qué” del político ¿Qué es lo que hace que un político llegue a serlo y ocupe cargos públicos en la gestión de la sociedad? ¿qué convicciones pueden mover a una persona en este terreno? ¿Puede tener algo que ver la fe y el ser cristiano con respecto al ejercicio de la política?

LA CONVICCIÓN

Todos actuamos dirigidos por un “por qué”, por unas convicciones, aunque sean más o menos conscientes. En política nos preocupa que la razón sea ocupada por conveniencias personales (profesionalización) o inercias ideológicas no maduras ni elaboradas por el sujeto; no entiendo que a veces se juzgue a un político por la familia a la que pertenece, ni si quiera por momentos de iniciación de su vida que pudieron estar en otros ámbitos y ondas, ¡y menos en España claro!. Me parece tan digno que Zapatero haga en su discurso de investidura confesión de fe de palabras “sagradas” de su abuelo, si él las tiene elaboradas y asimiladas por opción propia y adulta, como que el ministro socialista Bono hable de que su padre era falangista y que él “no es más honrado que su padre”. En ninguno de los dos casos creo que el pasado les de, ni les quite, pedigrí de buenos políticos; será su propia persona y sus procesos los que vayan dando testimonio de su verdad, su coherencia y su convicción. Todo político tendrá que elaborar y dar cuenta de su propio credo. Nos hacemos políticos en el ejercicio de la política y no en los previos. Pero en este sentido, y volviendo al punto de partida que tomé, considero que una persona puede llegar al ámbito de la política, y al ejercicio de cargos públicos en la misma por convicciones de fe, en concreto por ser cristiano; aunque esto claramente, y a la vista está, no quiere decir que los cristianos que están implicados directamente en política – ya sea en las izquierdas o en las derechas – lo estén por ser cristianos. Dato que por cierto debería extrañarnos mucho a todos los creyentes. ¿Pero qué podemos decir de la relación entre el ser cristiano y el ser político?

EL POLÍTICO CRISTIANO

El primer dato a tener en cuenta es que venimos de una historia, todavía reciente en nuestra España, en la que se ha entendido que no debería relacionarse una cuestión con otra, aunque en el fondo bien que lo estaban; necesitamos recobrar otra visión que es la propia de la fe cristiana y que viene exigida por la encarnación. A los cristianos se les pide entrar hasta el fondo de la realidad para servirla y dignificarla, es decir, que hay que “ensuciarse las manos con la masa de lo común y lo público” para que avance el reino proclamado por Jesús de Nazaret. Quiero decir con esto, que ha de ser de lo más

normal en un cristiano con coherencia el compromiso político, y lo extraño el que se mantenga al margen o lo viva por inercias de cualquier tipo. Pero ¿Qué ha de ser lo propio y específico de un creyente en estos espacios?

Por una parte, en comunión con los demás políticos con sus propias convicciones, habrá de ser un hombre de gestión y de acción que tenga desarrolladas las habilidades necesarias para el cargo y el puesto que ocupe, con una buena formación, teniendo como criterio fundamental el servicio a la sociedad y el bien común y no aceptando nunca aquello para lo que no se encuentre realmente preparado ,ni buscando un protagonismo que le ponga a él por encima de su servicio; amén de saber trabajar en común y corresponsablemente.

Por otra, será algo específico en él su motivación de fondo y las claves con las que quiere ejercer su modo político. En su fuero interno le estará motivando la construcción del Reino de Dios, esa fraternidad utópica y esperanzada que nos mueve continuamente desde nuestra fe en la resurrección y que baila a gusto con el nuevo slogan de que “otro mundo es posible”; la utopía le empujará a claves inexcusables como la opción por lo público y lo común; la predilección por los pobres y los más débiles de la sociedad; saber relativizar el aparataje de la política y la burocracia, incluso la ideología de partido, ante la dignidad de las personas y la vida, el criterio de la igualdad y la justicia, y la imparcialidad para promover el derecho y la participación activa y ciudadana, que integre a las personas de un modo vivo y corresponsable en la gestión de la sociedad y de lo público, al margen de sus creencias, ideologías y pertenencias políticas; por ello no hará de la designación de los cargos de gestión y de técnicos lugar de apropiación ideológica y partidista; sabrá aceptar e integrar fecundamente el fracaso cuando este venga por haber sido coherente y fiel con los valores fundamentales que proclama; nunca estará dispuesto a perder su libertad radical, ni su espíritu de diálogo y de encuentro común en la búsqueda de la verdad y del bien hacer; habrá de ejercer la denuncia profética con la ternura de los que buscan el bien común y de los débiles y no la destrucción ni el vencimiento de nadie.

Ni que decir tiene que mantenerse en la brecha con este talante es inviable si el político cristiano no tiene raíces profundas, si no las alimenta en su silencio y soledad, y si no se ve acompañado por una comunidad o algún grupo que le mira como hermano y le apoya sabiendo que él está llevando adelante una labor que es muy necesaria desde el Reino que queremos, pero que es bien dura si se quiere ejercer con verdad, por lo que necesita de la comunidad que ayude a ir leyendo en creyente los signos de vida, de muerte, de fracaso y de éxito, de pasión, conflicto y resurrección. Por todo esto me siento agradecido a todos los que movidos por su fe se adentran en la gestión política de nuestra sociedad extremeña y que trabajan por ser coherentes y fieles con sus principios fundantes. Estos cristianos nos interpelan para acompañar a personas creyentes – jóvenes y adultos en la universidad, en los pueblos rurales o el mundo obrero- en la dimensión socio-política de su fe, y reclaman, con todo derecho, en la propia iglesia espacios que les ayuden a mantenerse desde una lectura creyente y comunitaria de su quehacer.